

ESA MALDITA GUERRA CIVIL

Los años 30 del siglo XX fueron convulsos: una grave crisis económica internacional, tensiones político-sociales que propiciaron la ascensión de los totalitarismos... En España todo desembocó fatalmente en una guerra fratricida que devastó el país. Esta terrible catástrofe en la convivencia de los españoles marcó a varias generaciones. Si se aguza el oído, el eco de las balas, de los obuses, de los bombardeos sigue oyéndose hoy: tan larga es la huella que deja una guerra. Queremos repasar aquí algunas lecturas sobre aquella contienda.

Ramón J. Sender, en *Réquiem por un campesino español*, brevísima novela de gran intensidad, narró el estallido de la tragedia en un pueblo cualquiera.

Arturo Barea, en *La forja de un rebelde*, trilogía autobiográfica, refiere los sucesos con toda la fuerza de lo vivido.

La guerra de España se siguió apasionadamente en el extranjero. El inglés **George Orwell** combatió a favor de los republicanos y narró su experiencia en el libro *Homenaje a Cataluña*. Orwell escribe con precisión y nos cuenta lo que se siente en una trinchera llena de ratas o al recibir un tiro.

El aventurero **Ernest Hemingway** también se presentó en nuestro país, pero como reportero. Su novela *Por quién doblan las campanas*, cuya versión cinematográfica protagonizaron Gary Cooper e Ingrid Bergman, contribuyó a la fijación en el imaginario colectivo del drama español.

Los poetas se sintieron en la obligación de poner sus palabras al servicio del bando en el que creían. No era casual que uno de los mejores, **Federico García Lorca**, hubiera sido asesinado ya en los primeros momentos.

Pablo Neruda escribe *España en el corazón*, a favor de la causa republicana. Hay un poema titulado *Cómo era España* que consiste en una larga enumeración de nombres de nuestros pequeños y queridos

pueblos. El sabio ritmo del poeta chileno le confiere una emoción inolvidable.

El peruano **César Vallejo** sintió aquella tragedia como algo personal. Su poemario *España, aparta de mí este cáliz* fue su contribución poética. Quizás se halle en este libro la falta de ortografía más hermosa de la literatura española, la de Pedro Rojas, el ferroviario de Miranda de Ebro, que escribía ¡*Viban los compañeros!*

Pero es posiblemente **Miguel Hernández** quien mejor resume en su persona y en su obra todo el dolor de aquel tiempo. Y estos sencillos versos condensan tanta verdad:

*Tristes guerras
si no es amor la empresa.
Tristes. Tristes.*

Pasan años, lustros, décadas... Y el interés por aquella herida pasa de una generación a otra, desde **Ana María Matute** (*Los soldados lloran de noche*) a **Manuel Rivas** (*El lápiz del carpintero*). Ya en el siglo XXI **Javier Cercas** publica *Soldados de Salamina*, una reflexión sobre la memoria histórica, a partir de un asesinato que no se llegó a cometer; **Alberto Méndez** escribe cuatro relatos conmovedores que titula *Los girasoles ciegos*. Los tres últimos relatos nombrados dieron lugar a sendas películas. Precisamente, el cine ha recreado una y otra vez esta época, utilizando una gran variedad de registros, que van desde el humorístico de *La vaquilla* hasta el heroico de *Las trece rosas*.

Volviendo al papel, hay que señalar la importancia del cartelismo de propaganda bélica. El mismo Orwell comentaba la impresión que le causaron las calles de Barcelona empapeladas de carteles de abigarrados colores. Hojear un libro con reproducciones de estas obras gráficas nos sumerge en la turbulencia política de aquellos años. Otros documentos gráficos insoslayables son las fotografías. Hay que destacar las que hizo **Robert Capa**, uno de los más célebres reporteros de todos los tiempos. A él pertenece la fotografía del miliciano caído en el frente que se ha convertido en el emblema del conflicto.

Hay quien prefiere la historia desnuda a la ficción novelesca. Mucho se ha escrito, pero sigue siendo obra de referencia *La*

guerra civil española de **Hugh Thomas**. Con el mismo título tenemos la visión de conjunto de otro hispanista de prestigio, **Paul Preston**.

En esta ocasión, no leemos por entretenernos.

Al profundizar en las causas del desastre; al espantarnos ante los crímenes, el cinismo, la cobardía; al emocionarnos ante el valor y la honradez; al empatizar con las víctimas, estamos cumpliendo un deber con nuestros antepasados, el de no olvidar. Y quizás, de algún modo, rectificamos el curso de la historia. Porque leer es disparar balas de paz.

Bibliotecario



NEW DAWN

I stopped running when I reached the end of a blind alley and I realized that trying to put myself together was no longer an option. My mind could find neither peace nor any thought that could help me out. I looked up and down desperately, trying to think about a way to escape as I was sure that going back wasn't an option. I started to feel hopeless and, as I struggled to calm down, I burst into tears.

I was upset and I couldn't think of anything better than hitting the wall in the hope of finding a way out. -Have you ever felt as if you had been left alone? As if no one could hear you? - I screamed again but the only answer I got was the echoes of my despair and like my tears, my hope was soon gone.

My hands were cold in spite of the adrenaline pumping through my veins. I could barely stand on my feet, I was running out of ideas and I wasn't able to cope with the voices in my head. I

let myself fall down on my knees, trying to catch my breath frantically, taking air into my lungs and letting it out again and again.

I looked like a broken doll, an angel without wings: I looked awfully wrong. My hands were still painfully cold and they were getting sweaty, so I tried to heat them up by rubbing my hands together. It wasn't working and I suddenly started to feel weaker; you could see it in the way my legs began to tremble. I looked around one more time and felt grateful I wasn't standing up anymore, otherwise I could have easily fainted.

I was thinking about screaming again but, how could anyone possibly care? I screamed again anyway, but the sound I made was rather shaky. I was completely desperate and I couldn't bear the uncertainty of not being helped any time soon.

I closed my eyes and I left myself alone with my deepest thoughts. I selfishly asked myself questions of all sorts: Would I be missed? Was it worth it? Could it ever get better? Would I be able to commit such a terrible thing?

The word 'no' came instantly out of my mouth - I will not succumb to despair, I will fight back! - And trusting my body, I eagerly tried to stand up, not only on my feet but against everyone who ever made me feel less than nothing, and to the stone cold world that had witnessed my deepest anger, sadness and loneliness as I said 'no more'.

I was certainly not going to start groping into darkness again, so I opened my eyes so that they could see beauty, friendship and love as they once did. I felt my body coming back to life and the wall was no longer a wall but an empty path waiting to be explored.

I was feeling genuinely strong for a person who had felt precisely the other way round for such a long time. Not being afraid was a nice feeling and being free to keep going was an even better one.

I started to run again, but this time I wasn't running away: I was going to face the people who found pleasure on my weakness; I was going to show them the wings I thought that I had lost forever.

Michelle Rabadán de Sousa

La luciérnaga nº 25. 18 de mayo de 2015